

—Sólo que no las lleváramos á cenar; pero ¡qué dirán!

—Yo tengo un amigo judío en la tienda de la esquina que nos podrá facilitar el dinero.

—¿Sobre la palabra?

—¡Ya, voy! sobre mi pistola que por ahora no la necesito.

Y ambos capitanes, con el mejor humor del mundo, gastaron cuanto tenían aquella noche paseando á la familia Fregoso, no sin que Julio declarara por fin su amor á la bella Elvira y Luis á Eva, que si no era tan guapa, como su hermana sí tenía buenos ojos, pies pequeños coquetamente calzados y un lunar muy negro encima del labio superior.

—¿Te declaraste, Julio?

—Ya lo creo que me declaré, ¿y tú?

—También la dije mi atrevido pensamiento.

—¿Te correspondió?

—Me juró que desde antes de nacer ya me amaba.

—Pues has sido afortunado: Elvira me tuvo siempre fuera de tiro y hasta á última hora, cuando la había hecho beber tres copas de cognac, me estrechó con fuerza la mano y me dijo: Te quiero mucho, Julio, porque eres muy simpático, pero me resisto á enamorarme de tí porque eres un loco. Creo que te amaré, creo que ya te amo. . . . adios, adios. Esto último pasó cuando estábamos en la puerta. Me dió otro apretón de mano y fué la primera que subió la escalera y desapareció en el tramo superior.

—Esa Elvira te ha de dar más de un dolor de cabeza, porque tiene fuerte condición. En cambio Eva que es muy candorosa, me dijo que su mayor orgullo consistía en ser la novia de un militar, y su mayor gusto que lo supieran los vecinos.—Ven á todas horas, me dijo luego

que me correspondió, porque quiero que te vean todas mis amigas.

El resto de la noche lo pasaron ambos capitanes, una parte, haciéndose confianzas y fabricando castillos en el aire: la otra, soñando en los combates, en la gloria, en el amor y en la felicidad.

La realidad más austera se les presentó por la mañana en forma de una orden perentoria para acuartelarse y preparar la marcha de sus compañías para el día siguiente.

Apenas tuvieron tiempo de decir adios á las muchachas Fregoso que se quedaron inconsolables, conformándose con presenciar el desfile de la tropa en aquel sombrío 2 de Julio, que siempre fué para ellas un recuerdo perenne.

González Ortega, que á pesar de sus ambiciones manifiestas y sus discolerías de patriota supino, siempre era el caballito de batalla, salió de México con tres mil hombres que se le pudieron reunir con grandes trabajos y con unos cuantos miles de pesos que escasamente podrían alcanzarle para una quincena de campaña.

A los cuarenta días de correr leguas y más leguas tras un enemigo que no se quería detener, y que diez veces se le escapó de entre las manos, logró interponérsele, teniéndolo agoviado por la fatiga.

Era el 13 de Agosto. Márquez y unos diez generales de la reacción que le acompañaban, llegaron con su dos mil quinientos hombres, medio muertos á Jalatlaco, á eso de las cuatro de la tarde, y tomaron posesión de los cuarteles, resueltos á descansar toda la noche para tomar de nuevo la estampida por la mañana; pero á las once de la misma noche los fuegos de las avanzadas indicaron que ya tenían encima al enemigo.

Márquez se tiró de las barbas con cólera y. . . . fusiló en su mente á González Ortega. . . . ¡Oh! si lograra tenerlo en su poder!

Inmediatamente comunicó su plan de combate á los compañeros: nos defenderemos hasta poco antes de la madrugada, dejaremos unos doscientos hombres que se sacrifiquen mientras nosotros, con el grueso del ejército, nos retiramos para donde convenga.

Pero Márquez no contaba con la huéspeda, esto es, no contó con la tenacidad de González Ortega, quien sabía que aunque acabase con su tropa, no debía dar tregua á un enemigo que no quería tanto combatir como aprovechar cualquiera coyuntura para escaparse, y siguió peleando sin cesar en medio de la obscuridad de la noche, hasta que á las tres de la mañana del 14, pudo apoderarse del parque, de la artillería y de más de doscientos prisioneros entre los cuales no se encontraba ninguno de los generales que cogieron dos horas de ventaja á los que pudieran ser sus perseguidores.

La victoria de González Ortega produjo en México el furor que producían todas sus victorias: hubo salvas, repiques, y grupos de pueblo recorriendo las calles y dando los desesperados gritos de costumbre.

Entre los que no experimentaron ningún júbilo por la derrota de Márquez, se distinguieron los ministros extranjeros, no obstante el recuerdo, fresco todavía, del saqueo de la legación inglesa. Los diplomáticos habían recibido ya la consigna de simpatizar con el destronado Zuloaga y con sus adeptos, por más que se llamaran Márquez, Buitrón, Bueyes Pintos ó el Tigre de Alica, porque en ellos había que buscar el apoyo de las operaciones futuras; así es que fué el conde Dubois de Saligny, ministro francés, á quien

La Orquesta representaba, en sus espirituales caricaturas, rodeado de botellas, el primero que alzó golilla, inventando que en la noche del *jolgorio* motivado por el triunfo de González Ortega, se le habían gritado mueras y hasta se le había disparado un balazo, haciendo que hasta los representantes de los Estados Unidos y del Ecuador dirigieran un regaño muy fuerte al gobierno, dando por cierto que éste permanecía con los brazos cruzados ante los desmanes de toda clase que se estaban cometiendo con los extranjeros.

El día 19 de Agosto entraron las fuerzas victoriosas en Jalatlaco, y el día 21, por la noche del día en que había hecho su protesta de Presidente de la Suprema Corte de Justicia el general González Ortega, estaban en el café reunidos nuestros amigos Julio Robles y Luis Velázquez con otros compañeros.

—¿Qué tienes de nuevo? preguntaron los que estaban sentados á un recién venido.

—Pues no hay más cosa nueva que la protesta del general.

—¡Ah, sí! dicen que su discurso estuvo feroz.

—Sí; echó un discurso, porque el general es muy amigo de las arengas, en que le echó pestes á Juárez.

—Es raro: no se pueden ver y siempre pegaditos.

—Se necesitan: Juárez no podría sostenerse sin el brazo fuerte del general, y el general quiere ser Presidente, pero por la buena, haciendo que el mismo Juárez le ceda voluntariamente la silla.

—Este Medina es medio diplomático.

—Digo lo que oigo decir, y á más tengo un tío que es secretario del ministro de Relaciones. Allí se saben muchas cosas.

—¿Qué más se sabe?

—Que el día 1° se va á reunir el Congreso en sesiones extraordinarias y que cincuenta ó sesenta diputados van á pedir á Juárez que se retire porque lo está haciendo muy mal y deje la silla al general González Ortega.

—Pues yo creo que á Juárez sólo lo arrancan de la silla hecho pedazos.

—Pero no es eso lo más grave que se sabe en el ministerio de Relaciones.

—¿Hay otra cosa todavía?

—Los conservadores andan buscando en Europa un príncipe extranjero para coronarlo rey ó emperador en México.

—Esos son chismes, gritó casi Velázquez dándose una sumida de hombros muy enérgica.

—¡Ojalá y fueran mentiras! pero la cosa es muy seria, muy seria.

—Cuenta, cuenta.

—¿Ustedes supieron que el gobierno dió una ley suspendiendo los pagos que se estaban haciendo de las deudas extranjeras?

—Yo no me he fijado.

—Ni yo tampoco.

—Pues sí: el gobierno dijo que ya no pagaba, y entonces los ministros inglés y francés bajaron sus banderas y dijeron que quedaban rotas las relaciones.

—¡Psé!

—Nada de ¡psé! porque sin embargo de eso, se han quedado en México y todos los días están contando á sus gobiernos doscientos mil embustes para ponernos en mal. No sólo les cuentan que todos los días y á todas horas se matan extranjeros en las calles de México, sino que tam-

poco en los Estados se tienen garantías. Todo esto se publica en Europa para preparar la opinión, pues lo que se quiere es mandar una intervención armada de varias potencias y establecer aquí la monarquía.

—¡La monarquía!!! exclamaron todos asombrados.

—Sí, señores, vendrá un príncipe extranjero. ¿Se acuerdan ustedes de que ya en tiempo de Santa-Anna se corría la palabra por las noches en los campos liberales gritando ¡muera el príncipe extranjero y viva la libertad! Pues entonces todo era un juguete, una suposición, un deseo vago de los conservadores. Ahora ya es cosa seria, porque están en la intriga todas las naciones de Europa, instigadas en primer lugar por los mexicanos enemigos de Juárez, y en segundo lugar por los diplomáticos que están aquí, que son también muy hostiles.

—Pues si tenemos guerra extranjera llego á general, dijo Julio.

—Yo también, le contestó Velázquez; pero lo importante por de pronto es ir á donde nos esperan.

—¡Ah! sí, con las Fregoso!

Luego al despedirse Robles de sus amigos, dijo con voz ruda:

—¡Muera la monarquía!

